

No es éste un título poético, pero traduce la intención de rescatar algo más concreto, algo real, de un tiempo en el que todavía la cámara fotográfica no se había adueñado de los seres para traernos la imagen, que según dicen vale más que mil palabras, porque puede inspirar muchas versiones sin aclarar ninguna, por no representar una verdad total.

Se me ha pedido que hable de su vida y es lo que voy a hacer. Resulta bastante problemático a estas alturas descubrir facetas, detalles que de alguna manera han podido aparecer en entrevistas y conferencias donde quedaron reflejadas opiniones y creencias, siempre necesarias para entender bien la obra de un escritor. Por esta razón, me limitaré al hombre, dejando a un lado el currículo para entrar en alguna porción desconocida del escritor que empieza su tarea con la mordedura de una enfermedad, el hombre sencillo que todavía no se ha comprometido.

No descubriré nada al recordar las cosas que tenían para él más valor.

Rodrigo se jactaba con frecuencia de beber en las fuentes naturales, y extraer de las gentes del pueblo costumbres y anécdotas que contrastaban con ciertas tendencias imperantes entre los literatos. No necesitaba citar nombres de prestigio para reforzar una idea, más inclinado siempre a rescatar voces anónimas y familiares. Aunque niño durante la guerra, conservó el recuerdo de imágenes dolorosas de crueles enfrentamientos. Era el penúltimo de una familia de diez hermanos, y la diferencia de edad le proporcionó conocer el horror que la guerra provoca en las familias con la muerte de hijos, amigos y hermanos. Dos de sus hermanos de padre desaparecieron para siempre, y las consecuencias de aquella guerra que sembró el odio entre miembros de una misma familia serviría para dar pie a muchos de sus libros.

No estoy muy segura de que hablar de la vida privada de un escritor sea empezar por lo que se supone es la base, los cimientos. Bien podría ser el tejado lo que ahora estoy componiendo al recoger fragmentos de su viaje por las letras, un viaje que no puede desligarse del origen, de los conflictos y desgracias, pero tampoco de las alegrías y todo lo que interesa conocer cuando se ha alcanzado el reconocimiento que dota de cierto atractivo ese pasado. De manera que tal vez sea esto empezar por el tejado, pues ahora que son ya muchos los lectores y las personas que conocieron al escritor hay que retroceder a la raíz, ir al origen, a todo aquello que ayudó a formarle, a inspirar su obra. Pero ante todo, en el caso de Rodrigo, es inevitable hablar de su enfermedad, a la que debe, en parte, su vocación. Y para ello retrocederé a un tiempo en el que ni siquiera el escritor incipiente existía.